

SERMON
EN HONRA
DE LA GLORIOSA ASUNCION DE MARIA SANTISIMA

PREDICADO EL 15 DE AGOSTO DE 1866
EN LA CATEDRAL DE LEON

POR EL

Illmo. Dr. y Mtro. D. José María de Jesus Diez de Sollano y Dávalos

*Sub umbra illius, quem desideraveram,
sedi.*

A la sombra de aquel, á quien yo ha-
bía deseado, me senté.

Cant., II, 3.

Tres son las más grandes festividades de la Virgen María Señora Nuestra, á cuyo rededor se agrupan todas las demás; así como tres son los singularísimos acontecimientos de su extraordinaria vida; uno en el principio, otro en el medio y otro en el fin de la misma. En el principio, en su Concepcion sin mancilla, sale de la boca del Altísimo (1), primogénita con preferencia absoluta sobre toda otra criatura, risueña como la alborada del dia más ale-

(1) Eccli. XXIV. v. 5.

gre, bella y apacible más que la luna en noche serena, pura y resplandeciente, no como el sol, ni como el ángel, ni como el serafin más encumbrado, sino semejante solo á su Hacedor: los astros de la mañana la saludan, el sol y la luna la admiran, las hijas de Sion, sorprendidas, salen por mirarla, y el mismo Dios, su Criador, la aplaude y enamorado de tanto primor, la dice: *Averte oculos tuos á me, quia ipsi me avolare fecerunt.* (1).

En el medio de su santísima vida llega á tanto el suavísimo olor de sus virtudes, que se eleva hasta el cielo, hincha el espacio de las esferas, penetra hasta el reclinatorio del Rey de la gloria y atrae desde allí con tan rico aroma al Unigénito que está en el seno del Padre: entonces el Verbo de Dios se hace hombre; ella se hace Madre, pero Madre Virgen; su dignidad toca al infinito (2); los extremos más distantes, lo ínfimo y lo supremo (3) se unen mediante ella; y la obra de nuestra regeneracion se verifica: *Dum esset rex in acubitu suo, nardus mea dedit odorem suavitatis.*

Pero, ¿y quién sabrá explicar el término de tan gloriosa vida? Si tan altos son los principios, ¿quién tocará los fines? Si el cimientó se colocó sobre los montes más excelsos de santidad (4), ¿qué ojo alcanzará á mirar el remate altísimo de palacio tan suntuoso? No, confesémoslo ingenuamente, no es dado á inteligencia humana, no diré ya encomiar, mas ni describir sencillamente acontecimiento tan grandioso: él supera con mucho á todos los artificios de la elocuencia más valiente, y aun á la más vasta capacidad angélica. Los trasportes de aquella alma purísima, la fiesta del cielo á la entrada de la Señora, la inmensidad de su premio, la gloria de su Criador, ¿quién pudiera al menos barruntarlo?

¿Qué haré, pues, Señora mia, en este dia de tus glorias?

(1) Cant. VI. 4.

(2) S. Thom. (*habet quandam dignitatem infinitam*).

(3) S. Joan. Dam. *Inna sumis*.

(4) Ps. 86 *Fundamenta ejus in montibus sanctis*.

Hablarlas no me es dable, callarlas me es imposible. ¿Qué haré si no volverme á tí y reconocer y confesar ingenua y humildemente mi absoluta insuficiencia; y pedirte, que ya que mi torpe lengua va á oscurecer y empañar las glorias de tu magnífico triunfo, recibas siquiera el amor filial con que lo celebra ésta mi Santa Iglesia, de cuya devoción debo ser hoy pobre intérprete? Alcánzame, te ruego, la gracia que para ello necesito.—AVE MARIA.

No sin grande misterio, pero misterio de suma misericordia, ha ordenado la Providencia del Señor que la santa Iglesia multiplicase las festividades de María, Nuestra Reina y Señora: para que así como su protección es perpetua, es continua, es universal; así nuestra memoria fuese perenne, nuestra gratitud sincera y nuestro amor y confianza filial y sin límites. Pero, á decir verdad, entre todas estas solemnidades ¿cuál obtiene la primacía? ¿no es indudablemente aquella que celebra el mayor de los acontecimientos de la vida de María? y hé aquí desde luego la razón cabal, la aplicación satisfactoria de por qué la Asunción de la Madre de Dios es la más antigua de las festividades de María, celebrada en la Iglesia universal, desde los santos apóstoles hasta hoy (1); encomiada, no por este ó aquel Padre de la Iglesia, ni de un modo pasajero, sino por todos y de intento (2), defendida sin discrepancia por el glorioso coro de los Doctores de la misma Santa Iglesia (3); ensalzada á porfía en todo el or-

(1) Véanse los menelógicos griegos y martirologios latinos.

(2) Véase á Fr. Luis de Granada sobre el asunto.

(3) Consúltese á Santo Tomás.

be católico por los ingenios más profundos, por las plumas más doctas, y por los oradores más elocuentes (1); venerada, en fin, y reverenciada con las más vivas emociones de una piedad y devoción ardentísima por los fieles de todas las edades y de todos los países. Porque ella forma el epílogo de los merecimientos y de las glorias de María, y ella es también el apoyo solidísimo de nuestras más seguras esperanzas mediante su patrocinio ilimitado. En una palabra, María, sentada bajo la sombra de su bien amado en el magnífico solio de suma gloria correspondiente á su augusta y excelsa dignidad de Madre de Dios, y á su merecimiento sin igual, es á un mismo tiempo objeto nobilísimo á la par que tierno de nuestros cultos; y origen fontal y fecundísimo de nuestras dichas pretéritas, de nuestras esperanzas futuras: más breve, MARIA EN SU ASUNCION ESTA EN LA PLENITUD DE LA DICHA BAJO LA GLORIA DE SU HIJO; Y NOSOTROS EN LA PLENITUD DE LA CONFIANZA BAJO LA SOMBRA DE LA SEÑORA: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi,*

En efecto, para formarnos algun concepto de la gloria á que María es hoy sublimada, se hace preciso recorrer, aunque sea muy en compendio, los privilegios de este día. Pero, ¿y qué lengua los sabrá explicar? ¿Quién me diera haber acompañado en aquella dichosisima muerte á los santos apóstoles, que segun San Dionisio (2), testigo presencial, se reunieron milagrosamente allí, para poderla yo describir! ¡Oh y quién hubiera asistido á su gloriosa resurrección, y hubiera visto levantarse aquella mística Arca de santidad por manos de millares de ángeles y ser conducida procesionalmente hasta el Empíreo! Espectáculo fué este, hermanos míos, que como escribe San Bernardo (3), aun á los ciudadanos del Paraíso proporcionó grandes creces de suprema alegría; la misma celestial

(1) Véase entre otras la colección completa de los oradores franceses recientemente impresa en París.

(2) D. Joan. Dam. Orat II de dormit. Virg. circa finem.

(3) Serm. I de asumpt. V. M.

patria resplandeció henchida de los fulgores de aquella lámpara virginal; y al resonar allí la voz encantadora de esta agraciadísima Tórtola se derritieron de amor aquellas superiores inteligencias y resonó en lo más alto la acción de gracias y la voz de la alabanza: *Gratiarum actio et vox laudis*. Y á decir verdad, si nosotros mortales en este hondo y oscuro valle de lágrimas, sentados á las márgenes del rio de Babilonia, todavía así nos regocijamos de solo contemplar á María que sube de nuestra tierra como su fruto más excelente, así nos unimos en espíritu á la tropa de inteligencias angélicas que la acompañan, así nos trasportamos de regocijo y alegría purísima, que nos parece mirar al sol, la luna y las estrellas que se inclinan á su tránsito por acatarla, que creemos ya escuchar las melodías angelicales, que parecemos ver salir á su encuentro al viejo Adán, al venerable Noe, al padre de los creyentes Abrahan, al Rey David saltando de júbilo y entonando un cantar nuevo á la cabeza del coro de los profetas, solo por mirar á ésta, su hija, tan bella y agraciada, ¿qué pasaría por aquellos moradores de la gloria, testigos y partícipes de recibimiento tan solemne, de fiesta tan grandiosa?

Mas lo que verdaderamente causa pasmo contemplar y la lengua enmudece al quererlo proferir, es la grandeza de la Reina que sube, la gloria de su cuerpo, la magnitud del gozo de su alma y aquellos mútos coloquios y aquel ósculo de amor entre el Hijo y la Madre. Creo cierto, hermanos míos, que adelantándose el Hijo al ver venir á su amadísima Madre la salió al encuentro, la estrechó con su diestra y puso tiernísimamente la siniestra bajo su cabeza: *Laeva ejus sub capite meo et dextera illius amplexabitur me*. Y ella luego le dijo aquel bellissimo epitalamio: *Osculetur me osculo oris sui* (1). Sí, con razon los espíritus celestiales alternando en coros se preguntan extáticos ¿quién es ésta que sube de ese desierto del mundo,

(1) Cant. I. v. 1.

llena de deleites, apoyada y reclinada sobre su amado; graciosa como la alborada del dia, hermosa y rutilante como el sol y majestuosa como un grande y ordenado ejército? *Quae est ista?* ¿Quién es ésta, repite el otro coro, ésta que sube del desierto, su estatura gallarda como los cedros del Líbano, su cabeza como el Carmelo, sus ojos divinos, vivos y hermosos como los estanques de Ezebon; su fragancia como el suavísimo aroma compuesto de los perfumes de la mirra y del incienso, cuyo grato olor despedido por sus vestiduras hinche los cielos? *¿Quae est ista?* La voz del Hijo se hace oír, y sus robustos acentos resuenan en las bóvedas celestes diciendo: Ven, amada mia, paloma mia, hermosa mia, toda inmaculada, ven del Líbano para ser coronada, *veni, coronaberis* (1); porque ya pasó el invierno, cesado han las aguas y el rigor de los frios, ya brotan las plantas y se visten de verdor y flores los campos, levántate amiga mia y ven: *Surge amica mea et veni*.

Mas ¿quién podrá explicar, ni aun pensar la alegría del corazón de la Virgen Madre al escuchar tan dulces y regaladas palabras de Hijo tan amado, tan glorioso y tan deseado? ¡Oh! cuán pobre es en comparacion de esta dulzura aquella del Patriarca Jacob, cuando á la vista de su amado José prorumpió en éstas tan expresivas palabras (2). ¡Ahora sí, hijo mio, ya moriré alegre, ni la muerte misma perturbará mi alegría por haberte visto cual te veo! Así llegó María á las puertas del cielo; y á su llegada los ángeles que la venían cortejando dijeron (3). Príncipes que custodiáis las puertas eternas, levantadlas para que entre la Reina de la gloria si quereis saber quién es ella. Ella es la esforzada y poderosa en la batalla: la que quebrantó bajo su planta la serpiente antigua; alzad, pues, vuestras puertas eternas y dad paso á nuestra Reina: si de nuevo preguntais ¿quién es ella? sa-

(1) Cant. IV, 8.

(2) Gen., 46.

(3) Pis. 23.